



Charles Powell

# EL AMIGO AMERICANO

España y Estados Unidos:  
de la dictadura a la democracia

Galaxia Gutenberg

*Círculo de Lectores*

zaban a inquietarse ante la falta de progresos concretos<sup>55</sup>. Sin embargo, cuando el nuevo embajador francés en Madrid, Jean-François Deniau, le visitó a principios de marzo, Stabler constató con agrado que, si bien el Quai d'Orsay opinaba que era necesario acelerar el ritmo de las reformas, el representante de Giscard d'Estaing no tenía intención de apremiar a los españoles. El embajador norteamericano aprovechó la ocasión para reiterarle la posición de la administración Ford: con independencia de sus contenidos, el programa que finalmente se implementase debía ser uno español y además Washington no tenía «ninguna receta que ofrecer» al respecto. En cierta contradicción con esta postura supuestamente neutral, Stabler reconocía que su Gobierno era partidario de que se avanzara de forma «gradual pero sostenida» hacia la democracia, pero creía que era un error que los europeos presionasen al rey y a su Gobierno en exceso, ya que el sistema seguramente no toleraría cambios «abruptos o radicales». En lo referido al papel del monarca, mientras que los diplomáticos franceses creían conveniente que se implicara más a fondo para impulsar la acción del Gobierno, Stabler opinaba que debía mantener cierta distancia, para evitar que su posible fracaso le arrastrase a él también<sup>56</sup>.

### Stabler reconsidera la política estadounidense hacia España

La notable fluidez de la situación española y la creciente incertidumbre sobre su posible desenlace animó a Stabler a redactar un largo informe para Kissinger a principios de marzo de 1976 en el que identificaba detalladamente los objetivos de la administración Ford y las tácticas que podía seguir en el futuro<sup>57</sup>. Según este interesante texto,

55. Telegrama de París al Departamento de Estado, «Spain: Quai sees loss of momentum», 2/3/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=44121&dt=2082&dl=1345>.

56. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «French views on Spain», 3/3/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=44357&dt=2082&dl=1345>.

57. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Spain: 1976 policy assessment», 10/3/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=44861&dt=2082&dl=1345>.

que marcó un punto de inflexión en la actitud de la embajada frente al proceso en curso, el objetivo prioritario norteamericano era que España se incorporase «orgánicamente» a Occidente, lo cual fortalecería a éste frente a la Unión Soviética y permitiría garantizar el acceso estadounidense al Mediterráneo. La única manera de alcanzar este objetivo era mediante el ingreso de España en la Comunidad Europea y la OTAN, lo cual requería a su vez la democratización de su sistema político, por lo que Washington debía apoyar una evolución gradual en esa dirección. Lo interesante del caso es que, según Stabler, la defensa del statu quo ya no era una opción viable: a pesar del nuevo Tratado de Amistad y Cooperación, a medio plazo se constataría que la dependencia española respecto de Estados Unidos era contraproducente y seguramente conduciría a una postura «no-alineada». En otras palabras, el embajador reconocía explícitamente que, para garantizar su estabilidad, el engarce de España con Occidente debía producirse a través de organizaciones multilaterales como la Comunidad Europea y la OTAN y no a través de su relación bilateral con Washington. Stabler también incluía en su lista de objetivos estadounidenses: (i) la existencia de una economía española sólida y abierta, que ofreciese oportunidades para las exportaciones e inversiones norteamericanas; (ii) que la futura España democrática desempeñase un papel cada vez más activo y relevante en el orden internacional, sobre todo en los grandes foros multilaterales; (iii) que España siguiese dispensando un trato equitativo y amistoso a sus residentes y visitantes norteamericanos; y (iv) que pudiera mantenerse la cooperación en relación con las actividades de la NASA, Radio Liberty y otras actividades norteamericanas que se beneficiaban de la excepcional meteorología española.

A la hora de enumerar los objetivos de Estados Unidos durante los próximos dos años, Stabler citaba en primer lugar «una democratización que logre un equilibrio entre la participación popular y la estabilidad y que reduzca la influencia comunista a su mínima expresión». Al desglosar este objetivo general, el embajador cifraba el éxito de esta operación en: (i) el desarrollo de un centro político fuerte y bien organizado; (ii) la existencia de una derecha responsable y flexible, así como el debilitamiento de los lazos existentes entre la extrema derecha y los sectores militares contrarios a la democratización; (iii) la aparición de una izquierda democrática y coherente; y (iv) el debilitamiento del PCE como amenaza significativa. A título más ge-

neral, el texto de Stabler mencionaba también una recuperación económica sin tensiones inflacionistas, que fortaleciese a las clases medias; la ratificación e implementación del nuevo Tratado de Amistad y Cooperación, que contribuyese a sentar las bases para una eventual adhesión de España a la OTAN; un progreso tangible en el acercamiento de España a la Comunidad Europea; y la tranquilidad de la zona del Estrecho, que pasaba por evitar conflictos provocados tanto por la reivindicación española de Gibraltar como por las exigencias de Marruecos en relación con Ceuta y Melilla.

No sin cierta audacia, en su informe Stabler planteaba asimismo las posibles opciones estadounidenses ante un posible fracaso del proceso reformista en curso. La primera consistía en aceptar la aparición de un nuevo régimen autoritario, probablemente encabezado por militares, que tendría la ventaja de que procuraría suprimir a los comunistas y mantener el orden público. Sin embargo, una salida de este tipo sería «inherentemente desestabilizadora», ya que carecería de legitimidad, lo cual eventualmente daría lugar a su sustitución como resultado de nuevas acciones violentas, probablemente de carácter antinorteamericano. Si Estados Unidos reconocía a un Gobierno de estas características, el antiamericanismo de la sociedad española, que ya era considerable, se vería notablemente reforzado y el Congreso seguramente pondría fin a la colaboración con Madrid, se hubiese ratificado o no el tratado, lo cual obligaría a las autoridades españolas a cerrar las bases. La otra opción planteada por el embajador consistía en actuar antes de que se constatará el fracaso del primer Gobierno de la monarquía, instando al rey, al Gobierno y a los militares, a avanzar con decisión hacia una salida democrática. Esta opción tenía la ventaja de que, a largo plazo, permitiría implantar un régimen legítimo y estable, facilitaría el ingreso de España en la Alianza, merecería el aplauso del Congreso norteamericano y además podría ser un antídoto contra la influencia comunista. Sin embargo, la aceleración del proceso de cambio también podría suscitar el rechazo de algunos sectores de las Fuerzas Armadas, provocar una polarización temporal de la opinión pública y permitir una legalización más o menos inmediata del PCE. Tras sopesar ambas opciones, Stabler llegaba a la conclusión de que, ante el posible fracaso de la operación reformista auspiciada por el Gobierno de Arias Navarro, Estados Unidos debía optar firmemente por la segunda, y aprovechaba la ocasión para informar a Washington que algunos diplomáticos

de la embajada eran partidarios de que se fuese modificando ya la actitud privada –y si fuese necesario, también la retórica– de la administración para anticiparse a tal eventualidad.

Stabler aprovechó la redacción del informe para intentar definir la actitud de Washington hacia los distintos grupos políticos que actuaban en la sociedad española, asunto que le había preocupado desde su llegada a Madrid un año antes. A título general, el embajador era partidario de que los partidos españoles solo recibiesen ayuda directa de sus correligionarios europeos, que podían prestársela abiertamente sin suscitar escándalo y absolutamente contrario a que Estados Unidos apoyase en secreto a ninguna formación. Por lo tanto, lo único que cabía plantearse era la postura que debía adoptarse públicamente en relación con las distintas fuerzas en liza. La primera opción identificada por Stabler al respecto consistía en apoyar a los grupos de centro-derecha (que estaban surgiendo en torno a Fraga) y de centro-izquierda (vinculados a la democracia cristiana), dedicando una atención mucho menor a los socialistas. Esta política tendría la ventaja de que seguramente se estaría apostando a caballo ganador, pero al ignorarse a la izquierda democrática se corría el peligro de favorecer a los comunistas y además el apoyo visible de la embajada a los grupos centristas podía mermar su credibilidad. La segunda opción contemplaba la posibilidad de prestar más apoyo a los socialistas, con la esperanza de contribuir a su moderación y ayudarles a diferenciarse del PCE, lo cual además sería bien visto por la mayoría de los gobiernos europeos. Sin embargo, también cabía la posibilidad de que estos esfuerzos resultasen baldíos, ya que «no estamos seguros de lo que llegarán a representar unos socialistas muy fragmentados», ni estaba claro que el PSOE no terminara por sucumbir a los cantos de sirena del PCE<sup>58</sup>. A pesar de ello, el informe de Stabler se pronunciaba a favor de la segunda de estas opciones.

58. Unos días antes, González había intentando convencer a Eugen Loderer, presidente del poderoso sindicato alemán IG Metall, que el PSOE tenía mayor capacidad de convocatoria que el PCE, a pesar de la imagen que transmitían los medios de comunicación. Sin embargo, también había reconocido que UGT solo tenía 16 afiliados en la planta de Renault de Valladolid, que contaba con 14.000 empleados. Telegrama de Frankfurt (consulado) al Departamento de Estado, «Visit of FRG trade union officials to Spain and Portugal», 10/3/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=40812&dt=2082&dl=1345>.

El embajador también era partidario de que Washington aclarase la política que se debía adoptar hacia el Partido Comunista, en relación con el cual cabía desarrollar tres posibles posturas. La primera consistía en perpetuar el statu quo, oponiéndose a la legalización del PCE y absteniéndose de mantener contactos con sus dirigentes. Esta actitud tenía la ventaja de ser consistente con la preocupación estadounidense sobre la presencia comunista en otros gobiernos europeos, de coincidir con la tesis del Ejecutivo español y de servir para congraciarse con los sectores más conservadores de la sociedad; sin embargo, la clandestinidad podía ofrecer a los comunistas algunas ventajas y la oposición norteamericana a su legalización les permitía acusar a Washington de no desear una verdadera democratización. La segunda opción consistía en seguir oponiéndose a una eventual participación comunista en el Gobierno, pero sin manifestarse a favor o en contra de su legalización y sin levantar el veto a los contactos con sus representantes; esta postura no coincidía con la política del Gobierno español, pero reconocía que la legalización del PCE podía contribuir a demostrar que tenía un escaso apoyo popular, así como a privarle del «glamour» de la clandestinidad. Por último, existía la posibilidad de seguir oponiéndose a su participación en el Gobierno y a su legalización, pero permitir que se estableciesen contactos de bajo nivel con los dirigentes del partido; esto podría mejorar el conocimiento que se tenía del PCE en Washington, pero también corría el peligro de molestar al Gobierno español. A la luz de todas estas consideraciones, el documento recomendaba la primera opción, manteniendo las cosas como estaban, si bien algunos en la embajada se inclinaban por la segunda, ya que temían que la oposición de Estados Unidos a su legalización solo beneficiaría a los comunistas<sup>59</sup>.

En estrecha relación con lo anterior, el informe de Stabler también suscitaba la posible actitud norteamericana hacia las organizaciones sindicales españolas. La primera opción planteada consistía en mantener el modesto programa de intercambios ya existente, sin pronunciarse sobre la futura organización del movimiento obrero español;

59. Unas semanas después, Stabler volvería a vaticinar que, caso de presentarse a unas elecciones libres, el PCE obtendría aproximadamente el 10% de los votos. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Tentative analysis of politically relevant poll data», 12/4/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=86725&dt=2082&dl=1345>.

ello tenía la ventaja de que no era fácil prever qué tipo de estructura podría arrojar los mejores resultados, aunque se corría el peligro de alentar a los comunistas a controlar a la sucesora de la organización sindical franquista. La segunda alternativa consistía en mantener el programa de intercambios pero optando claramente por una central sindical unitaria, lo cual podía dotar al movimiento obrero de un instrumento más útil para la defensa de sus intereses, aunque también podía abrir la puerta a la hegemonía del PCE. Por último, el informe planteaba la posibilidad de fomentar el intercambio de dirigentes sindicales para favorecer el mutuo conocimiento, a la vez que se apoyaba discretamente la emergencia de un sistema sindical pluralista, que permitiese la libertad de elección entre distintas alternativas. Stabler se inclinaba finalmente por esta última opción, por entender que el pluralismo sindical era ya una realidad y que la libre competencia seguramente limitaría la influencia de los comunistas<sup>60</sup>.

Uno de los acontecimientos que más contribuyó a desbaratar los planes del Gobierno español y la fe de Stabler en su capacidad para llevarlos adelante fue la fusión de la Junta Democrática y de la Plataforma de Convergencia Democrática el 26 de marzo de 1976, de la que surgió una nueva Coordinadora Democrática (o Platajunta). Como pudo constatar personalmente el embajador pocos días después, su creación supuso un duro golpe para Fraga, que había permitido una mayor libertad de actuación a la oposición moderada con la esperanza de que se distanciaran de los comunistas. El ministro se mostró especialmente dolido con Ruiz Giménez, a quien supuestamente mal aconsejaba un hijo de ideología comunista, que se habría dejado seducir por la posibilidad de convertirse en el presidente de un futuro Gobierno provisional. Fraga tampoco entendía la actitud del PSOE, cuyos emisarios –incluido el propio González– le habían asegurado que no harían causa común con el PCE, a pesar de lo cual mantuvo su decisión de permitir la celebración del congreso de la UGT (que tendría lugar a mediados de abril), aunque los convocantes

60. En un encuentro posterior con el ministro de Relaciones Sindicales, Rodolfo Martín Villa, Stabler constató que el Gobierno también se mostraba cada vez más partidario del pluralismo sindical. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Conversation with Syndical minister Martín Villa», 6/4/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=86523&dt=2082&dl=1345>.

no serían informados hasta el último minuto, en pago a su decisión de sumarse a la Platajunta. En esta ocasión el ministro aseguró al embajador que el Ejército aceptaba la necesidad de tolerar a los socialistas, pero no así a los comunistas, aunque no descartaba que también se pudiese legalizar a éstos en el plazo de un año y medio si actuaban responsablemente. Aunque Fraga seguía siendo optimista sobre la evolución política española, a los pocos días Antonio Cortina, uno de los hombres en quienes había delegado la organización de su fuerza política, Reforma Democrática, transmitió a la embajada la sensación de que el Gobierno había perdido el rumbo y que la presencia de su jefe político en sus filas estaba dañando seriamente sus opciones de futuro<sup>61</sup>.

Aunque sin duda desproporcionada, la respuesta furibunda del ministro a la creación de la Platajunta logró su propósito de alarmar a dirigentes de la oposición moderada como Ruiz Giménez. Éste acudió a ver a Stabler el 12 de abril para intentar hacerle ver que, lejos de reflejar una supuesta radicalización de la oposición, la presencia de partidos como el suyo en la Platajunta otorgaba a los sectores moderados de la misma un derecho de veto, ya que ellos y el PSOE habían exigido que en el futuro sus decisiones se adoptasen por unanimidad. Como cabía esperar, estos argumentos no hicieron mella en Stabler, para quien la colaboración de la oposición moderada con los comunistas suponía una pésima noticia. En el caso del PSOE, el Departamento de Estado no tardó en atribuir su decisión de unirse a la Platajunta a la presión ejercida por François Mitterrand, que por aquel entonces defendía con ardor, y con gran disgusto de los socialdemócratas alemanes, la conveniencia de que los partidos socialistas de la Europa meridional siguiesen el ejemplo del Partido Socialista francés (PSF), estableciendo estrechos lazos de colaboración con los comunistas. Sin embargo, Luís Yáñez no tardó en comunicar a la embajada que el PSOE seguía estando dispuesto a negociar una «ruptura pactada» —o «alternativa pactada»— con el Gobierno y que su presencia en la Pla-

61. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Internal political situation: comments by Interior minister Fraga», 5/4/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=76075&dt=2082&dl=1345>. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Confidential views of Fraga's adviser», 6/4/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=86534&dt=2082&dl=1345>.

tajunta no había modificado un ápice su reticencia de fondo hacia el PCE<sup>62</sup>.

A partir de abril de 1976, Stabler ya no ocultaría a Washington su percepción de que el Gobierno estaba perdiendo fuerza y credibilidad, mientras que las organizaciones políticas y sindicales de la izquierda se mostraban cada vez más activas. Además, el Ejecutivo estaba adquiriendo una imagen prepotente y represiva que incluso podía poner en peligro la ratificación del Tratado de Amistad y Cooperación por parte del Senado<sup>63</sup>. En la conversación que mantuvo al respecto con Areilza el 10 de abril, éste reconoció la necesidad de acelerar el calendario de consultas, de tal manera que las reformas constitucionales previstas pudiesen someterse a referéndum en julio, a fin de poder convocar elecciones generales en octubre y elecciones municipales antes de que finalizara el año<sup>64</sup>. Cuando Stabler le hizo ver que Fraga seguía hablando de celebrar el referéndum en septiembre-octubre y las elecciones generales en 1977, Motrico le respondió

62. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Ruiz Gimenez's views», 13/4/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=86391&dt=2082&dl=1345>. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «PSOE adherence to Coordinación Democrática», 23/4/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=84336&dt=2082&dl=1345>. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Views of PSOE leader on current topics», 29/4/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=86638&dt=2082&dl=1345>.

63. Fraga había encarcelado a los promotores de la Platajunta pertenecientes a organizaciones que consideraba no legalizables, como Marcelino Camacho, Nazario Aguado, Javier Dorronsoro y el independiente Antonio García Trevijano, a los que se unirían poco después los comunistas Ramón Tamames y Juan Antonio Bardem, detenidos tras una manifestación proamnistía. Esta actuación provocó un telegrama de protesta del presidente del Parlamento Europeo, además de llamadas telefónicas de varios representantes de gobiernos europeos, entre ellos el alemán Genscher.

64. Una encuesta publicada poco después, pero realizada en febrero, según la cual solo el 5% de los consultados creía que las reformas estaban avanzando demasiado deprisa, mientras que el 42% opinaba lo contrario, confirmó a Stabler en la idea de que las elecciones debían celebrarse cuanto antes. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Tentative analysis of politically relevant poll data», 12/4/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=86725&dt=2082&dl=1345>.

que lo que pretendía era suceder cuanto antes a Arias Navarro, lo cual le estaba llevando a cortejar a los elementos más conservadores de las Fuerzas Armadas, por lo que no le importaba defender un calendario más dilatado. A título más general, Areilza reconocía la conveniencia de que el Gobierno pudiese contar cuanto antes con una fuerza política centrista propia, pero era evidente que Arias Navarro ni quería ni debía encabezarla. Aunque el ministro le aseguró que Don Juan Carlos apoyaba plenamente su visión de la situación y sobre todo la necesidad de acelerar las reformas, el embajador salió de la reunión convencido de que, aunque el rey seguramente se encontraba más cómodo con Areilza, Fraga tenía más posibilidades de convertirse en el próximo presidente del Gobierno, dada su mayor aceptación por parte de las Fuerzas Armadas. Poco después, el jefe de gabinete de Arias Navarro, el diplomático Oyarzábal, informó a Stabler que no sería posible celebrar el referéndum constitucional antes de septiembre-octubre porque todavía no se contaba con un censo electoral actualizado. Por otro lado, tampoco se había decidido si la consulta se referiría exclusivamente a la modificación de la composición y método de elección de las Cortes, o si se incluirían también la reforma de la Ley de Sucesión y del ordenamiento sindical<sup>65</sup>.

Con el paso de las semanas, la preocupación de la embajada norteamericana por la actuación de Arias Navarro y su Gobierno no hizo sino ir en aumento. El 22 de abril, Areilza transmitió a Stabler el temor del monarca a que Arias Navarro no supiese aprovechar su

65. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Spanish internal situation as seen by Foreign Minister Areilza», en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=76101&dt=2082&dl=1345>. Motrico anotaría en su diario que, en una reunión del Consejo de Ministros celebrada ese mismo día, Fraga dió «una larga explicación para convencer –¿a quién?– de que, por muchas vueltas que se den, no habrá nunca riesgo de que las izquierdas manden en España con esta reforma. Es decir, que no hay alternancia real de poder abierta para ellos, debido al gran número de cerrojos que el resto de las leyes fundamentales dejan en pie para evitarlo. Se dirige al teniente general De Santiago para tranquilizarlo, por lo visto. El general no dice nada. Es un trance revelador». José María de Areilza, *Diario de un ministro...*, op. cit., pp. 137-138. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Comments on internal situation», 12/4/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=76103&dt=2082&dl=1345>.

inminente discurso televisado a la nación para explicar las reformas previstas y anunciar un calendario para su realización. Según el ministro, en La Zarzuela se barajaban dos escenarios al respecto: pedirle que modificase su intervención para que cumpliese ciertos requisitos mínimos, o forzar su dimisión si se negaba a hacerlo<sup>66</sup>. Al día siguiente fue Oreja, el hombre de confianza de Areilza, quien transmitió a Stabler la necesidad de sustituir a Arias Navarro si se negaba a obedecer al monarca. El subsecretario creía que, aunque no fuese plenamente consciente de ello, Don Juan Carlos tenía la autoridad personal suficiente como para forzar la dimisión del presidente y obligar al Consejo del Reino a que le ofreciese una terna que le permitiese elegir a un sustituto aceptable. En esta conversación también participó Brian Atwood, el asistente parlamentario del senador Eagleton, que había estado destinado en España como diplomático y que había sido enviado a Madrid para recopilar información sobre la evolución política española de cara a la elaboración de un informe que se sometería a la Comisión de Relaciones Exteriores en mayo<sup>67</sup>. Atwood informó a Oreja que, si bien la actitud del Senado era generalmente favorable a la aprobación del tratado, cabía temer que una mala actuación de Arias Navarro llevase a los senadores a posponer su ratificación hasta tener más evidencia de los avances del proceso democratizador español. Cuando repitió la misma advertencia en presencia de Fraga, éste le contestó con su proverbial contundencia que el asunto no le quitaba el sueño, ya que el tratado era más importante para Estados Unidos que para España; además, si Washington retrasaba su ratificación, el apoyo al tratado en el seno del Gobierno

66. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Foreign Minister's comments on internal situation», 22/4/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=76144&dt=2082&dl=1345>.

67. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Staffdel Atwood's visit to Spain», 9/4/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=80799&dt=2082&dl=1345>. Stabler desaconsejó que Atwood se reuniese con Tamames, por ser un miembro destacado –aunque no públicamente reconocido– del PCE. En cambio, sí pudo reunirse con el socialista Yáñez y con Martín Patino, que mostró plena confianza en los deseos democratizadores del rey, aunque no así en los de Arias Navarro. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Brian Atwood and Emboff discuss current review of Catholic Episcopate», 23/4/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=76172&dt=2082&dl=1345>.

español –que todavía no lo había sometido a las Cortes– también podría verse merchado<sup>68</sup>.

En el transcurso de la visita de Stabler y Atwood a Fraga el 24 de abril, el ministro recibió una llamada de Don Juan Carlos que puso de manifiesto que el rey todavía no conocía el contenido del inminente discurso de Arias Navarro. La preocupación del monarca era tal que el 27 de abril telefoneó a Washington para ofrecerle explicaciones al presidente, siendo ésta la única vez que lo hizo mientras Ford ocupó la Casa Blanca; aunque no pudieron hablar, el consejero de Seguridad Nacional, Scowcroft, aconsejó a Ford que le devolviese de inmediato la llamada<sup>69</sup>. Según la minuta que Scowcroft elaboró a tal efecto, el monarca deseaba trasladarle al presidente la sospecha de que Arias Navarro se mostraría decepcionantemente ambiguo en el discurso televisado que tenía previsto pronunciar al día siguiente (como así ocurriría) y su temor a que ello pudiese provocar la dimisión de los ministros más reformistas, poniendo en peligro la aprobación del tratado por parte del Senado. La nota también recogía que Arias, cada vez más influido por los sectores más reaccionarios del régimen, se negaba a reunirse con representantes de la oposición democrática y suscitaba la posibilidad de que el rey tuviese que pedirle la dimisión si se confirmaban estos temores. En vista de todo ello, Scowcroft sugirió a Ford que transmitiera personalmente al rey su pleno apoyo «a sus esfuerzos por mover a España hacia una mayor democratización», además de prometerle que haría todo lo posible por ver ratificado el tratado cuanto antes, cosa que hizo al cabo de unas horas<sup>70</sup>.

68. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Views of Marcelino Oreja», 23/4/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=76170&dt=2082&dl=1345>.

Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Conversation with Fraga Iribarne», 26/4/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=76181&dt=2082&dl=1345>.

69. Ver la entrada correspondiente al 27 de abril de 1976 en la agenda del presidente Ford en:

<http://www.ford.utexas.edu/library/document/diary/pdd760427.pdf>.

70. Memorandum for James Connor from Brent Scowcroft, «Recommended Telephone Call to King Juan Carlos I of Spain», 27/4/1975. National Security Adviser. Presidential Country Files for Europe and Canada. Spain - State Department Telegrams. Box 12. Gerald R. Ford Library. La conversación de

Para entonces, el desapego del monarca hacia Arias Navarro había dejado de ser un secreto bien guardado. Tras entrevistarse con el rey en La Zarzuela, a finales de abril el periodista norteamericano Arnaud de Borchgrave publicó en *Newsweek* un artículo demoledor, que tuvo un gran impacto en círculos políticos españoles, si bien algunos medios nacionales fueron censurados al intentar dar a conocer su contenido<sup>71</sup>. Según el mismo, Don Juan Carlos opinaba que su presidente era «un desastre sin paliativos» (*an unmitigated disaster*), ya que se había convertido en el abanderado del «búnker» inmovilista. El rey había hecho todo lo posible por influir en él, pero en vano; cuando tenían un enfrentamiento, Arias se limitaba a contestar: «Sí, Majestad» y «seguía sin hacer nada o hacía lo contrario de lo que se le había pedido». El monarca temía que «la política de Arias, o su falta de política» polarizase peligrosamente la situación, «volviendo tanto a la derecha como a la izquierda contra el Gobierno». Recientemente, un dirigente demócrata cristiano a quien había recibido en La Zarzuela, se había lamentado: «Arias se niega a hablar con nosotros. Póngase en mi lugar». Por último, según Borchgrave, Don Juan Carlos no se oponía a la legalización del PCE «una vez que su país haya construido una firme estructura democrática», pero «el proceso de construcción de esa estructura apenas ha comenzado»<sup>72</sup>.

La información que proporcionaban a Kissinger la embajada y los servicios de inteligencia también reflejaba el creciente malestar de la opinión pública española ante la falta de iniciativa del Gobierno. Un informe preparado por la *Defense Intelligence Agency* a finales de abril afirmaba que según las encuestas disponibles «la mayoría de la población apoya el programa gubernamental, pero un porcentaje nada des-

---

Ford con Don Juan Carlos tuvo una duración de apenas cinco minutos. Ver: <http://www.fordlibrarymuseum.gov/library/document/diary/pdd760427.pdf>.

71. Areilza le confirmó a Stabler que Borchgrave había estado en La Zarzuela el 28 de marzo, coincidiendo con una visita a España del rey Hussein de Jordania, a quien también había entrevistado. Al ministro no le agradó el artículo de *Newsweek*, porque podía enfrentar al monarca con Arias Navarro y los sectores más conservadores del régimen. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Foreign minister's comment on recent Newsweek article», 22/4/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=76145&dt=2082&dl=1345>.

72. Arnaud de Borchgrave, «Juan Carlos looks ahead», *Newsweek*, 26/4/1976. Entrevista del autor con Arnaud de Borchgrave, Madrid, 7/5/2009.

deñable opina que se está avanzando con excesiva lentitud hacia la liberalización». Por su parte, la CIA, en un informe elaborado en mayo, constataba que «si bien la mayoría de los españoles apoyan al rey, les gustaría que las reformas avanzasen con mayor celeridad» y reconocía que en los seis meses transcurridos desde la muerte de Franco «el rey y su Gobierno han creado una atmósfera de mayor libertad, pero han sido lentos a la hora de impulsar reformas políticas y económicas tangibles». Además, la reciente fusión de la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia Democrática había dado al traste con la política del Gobierno hacia la oposición, cuyo objetivo prioritario había sido el aislamiento de los comunistas. En vista de todo ello, el informe concluía que si Arias Navarro «sigue observando una política de reformas graduales diseñada para apaciguar a la derecha, es posible que los cambios prometidos lleguen demasiado tarde como para satisfacer a la mayoría de la población»<sup>73</sup>.

Dada la calidad de la información que manejaba, resulta un tanto sorprendente la actitud generalmente complaciente de Kissinger hacia el Gobierno. En marzo, el ministro de Asuntos Exteriores irlandés, Fitzgerald, que acababa de recibir a Areilza en Dublín, le comentó que, en perspectiva europea, la reforma prevista por el gabinete español, que contemplaba el nombramiento del futuro presidente del Gobierno por parte del rey, seguiría siendo un obstáculo para su homologación democrática, por mucho que hubiese una Cámara Baja elegida por sufragio universal. A pesar de ello, a Kissinger le parecía razonable el plazo de dos años anunciado por el Ejecutivo para la implementación de su proyecto reformista. A finales de mayo, en conversación con el primer ministro sueco, Olof Palme, Kissinger reconoció que el Gobierno español se encontraba en «una situación difícil», ya que «tiene una oposición de izquierdas que le suscita mucho temor, debido a la experiencia de la guerra civil y lo ocurrido inicialmente en Portugal» y también «una oposición de derechas que es franquista y que reaccionará si avanzan con demasiada rapidez». El norteamericano era consciente de que Fraga y Areilza eran «más atrevidos» que Arias Navarro, al que Don Juan Carlos había mante-

73. Intelligence Appraisal, «Spain: Transition Progress Report», 25/4/1975, Defense Intelligence Agency y Intelligence Memorandum, «Spain: Political and Economic Picture in 1976», mayo de 1976, Central Intelligence Agency. Dale Van Atta Papers. Box 9. Gerald R. Ford Library.

nido «para aplacar a la derecha» y que no tenían mucha devoción a su presidente, lo cual creaba problemas, pero en su opinión el Gobierno había realizado «serios esfuerzos» por avanzar en sentido democrático. Al mismo tiempo, seguía teniendo dudas sobre el papel de Don Juan Carlos, ya que no estaba claro «si es un monarca constitucional o si tiene poder real»; cuando le visitó en Madrid en enero, no entendió bien «qué creía que estaba haciendo, lo cual no es nada extraño tratándose de la Casa de Borbón», pero en los últimos meses le había parecido que estaba «más activo», como demostraban sus recientes conversaciones con representantes de la oposición moderada. En suma, Kissinger confiaba que las elecciones generales previstas para 1977 permitirían afianzar el proceso democratizador, lo cual no le parecía un plazo temporal excesivamente dilatado. Palme, por su parte, intentó explicarle que el PSOE deseaba evitar una nueva guerra civil, motivo por el cual había decidido darle un margen de confianza al Gobierno; sin embargo, éste no había iniciado un verdadero diálogo con la oposición democrática y a pesar de «un poco de retórica y algunos gestos», no había evidencia alguna de que se hubiesen dado «pasos decisivos» hacia la democracia. Por otro lado, el dirigente sueco procuró convencerle de que sus amigos del PSOE no tenían más remedio que exigir la legalización del PCE, afirmando incluso que «si yo fuese un anticomunista fanático querría que operasen libremente, porque seguramente cosecharían un mal resultado», argumento que Kissinger estimó razonable. Según Palme, el Gobierno español «toma un paso liberalizador y luego otro represor», por lo que creía probable que cesara pronto, dejando el camino expedito a «alguien que venga y tome cartas en el asunto contra la extrema derecha»<sup>74</sup>.

La actitud reticente de Kissinger hacia la evolución política española se debía sobre todo a su temor enfermizo al protagonismo que podrían adquirir los comunistas frente a una oposición moderada ingenua y escasamente organizada. Poco después de la muerte de Franco, el secretario había comentado ante los ministros de Asuntos Exteriores de Bélgica, Francia, Alemania y Reino Unido que, a su

74. «Memorandum of Conversation with Irish Foreign Minister Fitzgerald», 18/3/1976. RDS, Office of the Counselor, 1955-1977, Box 9, POL 2 Ireland. RG 59. NARA. «Memorandum of Conversation, Discussion with Olof Palme», 24/4/1975. Records of the Department of State. Office of the Counselor, 1955-1977. Box 3. H. S. Chron-Official April-June 1976. RG 59. NARA.

modo de ver, la presencia de los comunistas «podría no ser compatible con la tranquilidad de España». En marzo de 1976, el ministro de Asuntos Exteriores irlandés, Fitzgerald, intentó hacerle ver que estaba en un error, puesto que «lo importante es derrotar a los comunistas, no suprimirles», pero el norteamericano se mantuvo en sus trece. Poco después, Kissinger participó en un debate sobre el papel de los comunistas en Europa occidental organizado por la *American Society of Newspaper Editors* en Washington, en el que todos sus contrincantes criticaron su excesiva rigidez al respecto. Tanto Zbigniew Brzezinski, que ya entonces asesoraba al demócrata Jimmy Carter, como el ex secretario de Estado adjunto George Ball, sostuvieron que la beligerancia de la administración Ford hacia los comunistas era manifiestamente contraproducente, ya que estaba alimentando su popularidad en países como Italia<sup>75</sup>.

Paradójicamente, esta obsesión de Kissinger con la influencia comunista contrasta vivamente con el tono mesurado de los informes que recibía de diversas fuentes de la propia administración, por lo que parece reflejar un prejuicio ideológico muy personal. Un amplio informe elaborado por la CIA en enero de 1976, por ejemplo, observaba acertadamente que la fijación anticomunista del régimen franquista había otorgado al PCE una reputación de eficacia e influencia social que seguramente no merecía. A pesar de ello, reconocía que el partido era la fuerza política mejor organizada del país y ponía en duda la capacidad del Gobierno para excluirlo permanentemente del juego político. Curiosamente, el informe se mostraba partidario de la legalización del PCE porque la CIA entendía que, a pesar de sus enfrentamientos pasados, un partido permanentemente proscrito terminaría por caer bajo la influencia y disciplina del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). En cambio, un PCE al que se le permitiese participar en el proceso electoral «se vería constreñido a adoptar una postura política generalmente cauta» si deseaba tener cierto peso parlamentario. Además, dada la obsesión que se le atribuía a Carrillo por evitar una repetición de la experiencia chilena, el PCE seguramente se mostraría reacio a intentar participar en un Gobierno de coalición democráticamente elegido, ya que su presencia

75. «Memorandum of Conversation with Irish Foreign Minister Fitzgerald», 18/3/1976. RDS, Office of the Counselor, 1955-1977, Box 9, POL 2 Ireland. RG 59. NARA. *Time*, 26/4/1976.

podría utilizarse para justificar un golpe militar derechista. Por todo ello, la CIA concluía que la previsible fragilidad del futuro sistema político español haría del PCE «un prisionero del proceso democrático», lo cual se plasmaría en una actitud «cautelosa», compatible con la promoción de un entorno político estable, el desarrollo económico, e incluso unos vínculos más estrechos con la comunidad atlántica. Por esas mismas fechas, un informe interno del Departamento de Estado reconocería que la Unión Soviética mantenía un perfil bajo en relación con España y que, a pesar de haber optado por mejorar sus relaciones con el PCE con independencia de sus evidentes discrepancias ideológicas, no existía evidencia alguna de que los rusos lo estuviesen apoyando económicamente. Por otro lado, el estudio también reconocía que, a pesar de su acreditado antifranquismo, la actitud del PCE hacia el primer Gobierno del rey era tan solo «moderadamente crítica». Un tercer estudio, elaborado por el Departamento en marzo, concluía que a pesar de sus manifestaciones al respecto, el PCE no había logrado infiltrarse en las Fuerzas Armadas, ni siquiera en la UMD, debido seguramente a que, a diferencia de los portugueses, los militares españoles no habían padecido una experiencia radicalizadora comparable a la guerra colonial en África. En suma, la visión que tenía Kissinger de la amenaza comunista en la primavera de 1976 poco tenía que ver con la de la mayoría de los expertos que asesoraban a su propia administración sobre España<sup>76</sup>.

Como había temido Stabler, la situación política española se fue complicando a medida que se aproximaba la fecha del viaje real a Estados Unidos. Paradójicamente, ello no se debió tanto a la presión ejercida por el movimiento obrero o la oposición democrática –las movilizaciones anunciadas con ocasión del 1 de mayo, por ejemplo, fueron mucho menos extensas de lo previsto<sup>77</sup> –como a la creciente

76. «The Spanish Communist Party in Post-Franco Politics», Directorate of Intelligence, Office of Political Research, Central Intelligence Agency, enero de 1976. Dale Van Atta Papers. Box 9. Gerald R. Ford Library. «Spain and Portugal», Briefing Paper, Department of State, enero de 1976, en: <http://foia.state.gov/documents/FOIADocs/000050CB.pdf>. «The Military in Spanish Politics», Briefing Paper, 9/3/1976, Department of State. Dale Van Atta Papers. Box 9. Gerald R. Ford Library.

77. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Football, not political demonstrations, dominates week-end», 4/5/1976, en:

resistencia ofrecida por los sectores más intransigentes del régimen, incluido el propio Arias Navarro. El 6 de mayo, Don Juan Carlos informó a Stabler de la negativa del presidente a reunirse con Gil Robles, en vista de lo cual había decidido recibirle él mismo<sup>78</sup>. Por si fuera poco, ni siquiera los dirigentes de la oposición más templada, como Álvarez de Miranda, que se había distanciado de Ruiz Giménez en protesta contra su decisión de sumarse a la Platajunta, veían con buenos ojos la reforma impulsada por el Gobierno<sup>79</sup>. Poco después, el procedimiento de urgencia ideado por Fernández-Miranda para eludir el control de unas comisiones generalmente controladas por procuradores reacios al cambio en las Cortes provocó el rechazo airado del llamado «búnker», suscitando nuevas dudas sobre la viabilidad de la reforma<sup>80</sup>.

Como resultado de todo ello, durante las primeras semanas de mayo arrojaron los rumores sobre un próximo cambio de presidente del Gobierno, vinculándolo al inminente viaje de los reyes a Estados Unidos<sup>81</sup>. Uno de los políticos que creía tener más posibilidades de sucederle, Silva Muñoz, visitó a Stabler el 12 de mayo, para transmi-

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=119666&dt=2082&dl=1345>.

78. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Meeting with the King», 6/5/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=109223&dt=2082&dl=1345>.

79. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Christian Democratic IDC criticizes form of reformed Parliament», 7/5/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=122534&dt=2082&dl=1345>.

80. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Fernández-Miranda confronts the 'bunker'», 10/5/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=102453&dt=2082&dl=1345> y Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Reaction of right to recent government activities and reform proposals», 14/5/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=122389&dt=2082&dl=1345>.

81. Telegrama de París al Departamento de Estado, «Le Monde reports King dissatisfied with Arias reforms», 5/5/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=118242&dt=2082&dl=1345>. Por aquellas fechas «un político destacado» que almorzó con Eaton y el consejero político de la embajada les transmitió que Estados Unidos debía apoyar al monarca en sus esfuerzos por sustituir al presidente, a lo que éstos respondieron que esas cuestiones debían decidirlas «el rey y España». Samuel D. Eaton, *The forces of freedom in Spain. A personal account*, Standford, Hoover Institution Press, 1981, pp. 38-39.

tirle su pronóstico de que Don Juan Carlos se libraría de Arias Navarro cuando regresara del viaje, aunque reconoció que una dimisión sería preferible a un cese. Otro de los políticos del régimen consultados por la embajada, el procurador aperturista David Pérez Puga, que se mostró mucho más crítico que Silva Muñoz sobre la evolución política del país, también manifestó el deseo de que el monarca nombrase a un nuevo presidente del Gobierno a su regreso. Curiosamente, todo ello alarmó a Stabler hasta tal punto que no dudó en advertir a La Zarzuela que no convenía a ninguna de las partes que la opinión pública española llegara a pensar que la sustitución de Arias Navarro se había fraguado en Washington<sup>82</sup>. Por ello mismo, seguramente no le tranquilizó mucho que, apenas unos días antes del viaje, Don Juan Carlos le pidiese una entrevista a solas con Kissinger, sin la presencia de Areilza. El monarca también quiso que le transmitiera al secretario de Estado su agradecimiento por los acertados consejos que le había dado durante su visita a Madrid en enero, que le habían resultado muy útiles a la hora de enfrentarse a los acontecimientos ocurridos desde entonces<sup>83</sup>.

## La difícil ratificación del Tratado de Amistad y Cooperación

Las autoridades españolas hubiesen deseado que el Tratado de Amistad y Cooperación se ratificase antes del viaje de los reyes, precisamente para evitar transmitir la sensación de que los senadores querían examinar las credenciales democráticas del monarca antes de hacerlo, pero las dificultades de todo tipo surgidas en el Congreso durante la primavera no lo permitieron. El tratado había sido remitido al Senado por el presidente Ford el 18 de febrero, acompañado de

82. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Views of Silva Muñoz», 14/5/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=109249&dt=2082&dl=1345>. Samuel D. Eaton, *The forces...*, op. cit., pp. 38-39.

83. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, 25/5/1976, «King's request to meet privately with the Secretary», National Security Adviser. Presidential Country Files for Europe and Canada. Spain - State Department Telegrams. Box 12. Gerald R. Ford Library.

## Capítulo 7

### LA ADMINISTRACIÓN FORD Y LA REFORMA SUÁREZ

A raíz del viaje real a Estados Unidos, el Gobierno de Arias Navarro pareció recobrar brevemente algo de la iniciativa perdida. Ello se debió sobre todo a la intervención de Suárez en las Cortes en defensa del proyecto de Ley de Asociación Política, realizada el 9 de junio de 1976, en la que defendió la necesidad de «elevar a categoría política de normal lo que a nivel de calle es simplemente normal». Sin embargo, el éxito gubernamental resultó muy efímero. Aunque el texto fue aprobado por una amplia mayoría, esa misma tarde el Ejecutivo tuvo que aceptar la devolución de su proyecto de reforma del Código Penal, tras acordar que éste debería ilegalizar a las organizaciones que, «sometidas a disciplina internacional, pretendan implantar un régimen totalitario», en obvia alusión a los comunistas. Por si fuera poco, dos días después el Consejo Nacional del Movimiento rechazó el proyecto de Ley de Reforma de las Cortes y demás Leyes Fundamentales. Aunque el dictamen del Consejo no era vinculante, su oposición frontal a los textos gubernamentales dio al traste con la metodología seguida hasta entonces por el Ejecutivo.

A Stabler también le preocupó que la prensa norteamericana dedicase una atención creciente a la supuesta intervención de Estados Unidos en los asuntos internos españoles. Apoyándose en fuentes españolas, el 8 de junio el *Washington Post* informó que la embajada en Madrid estaba advirtiendo a los dirigentes de la oposición moderada que debían reconsiderar su apoyo a la legalización del PCE, atribuyendo a Stabler una total sintonía al respecto con el Gobierno español. El artículo incluso citaba a un político centrista según el cual «el embajador nos recomienda que recordemos que los comunistas son poco democráticos y peligrosos para España; entiendo su postura, pero no creo que él comprenda nuestros problemas». Poco después, el corres-

ponsal de este medio en Madrid, Acoca, publicaría que Kissinger había «advertido reiteradamente» al rey y a sus ministros que la legalización del PCE podría provocar una reacción adversa en el Congreso, además de tener un impacto negativo sobre las inversiones norteamericanas en España. El periodista también atribuía la reciente excarcelación de Calvo Serer y García Trevijano al interés mostrado por varios senadores demócratas tras el viaje de los reyes a Estados Unidos, a pesar de que ambos habían colaborado muy activamente con el PCE en las actividades de la Junta Democrática. En suma, dichos artículos pretendían subrayar la complicidad existente entre el Ejecutivo español y el norteamericano, así como su falta de sintonía con la oposición moderada y la mayoría demócrata del Congreso estadounidense, respectivamente<sup>1</sup>.

### Un nuevo interlocutor en Madrid

Al parecer, Don Juan Carlos ya tenía decidida la sustitución de Arias Navarro cuando regresó de Estados Unidos, pero fue la intervención de los ministros militares lo que le llevó a forzarla a principios de julio. A finales de junio, el rey había tenido noticia de que el vicepresidente para Asuntos de la Defensa, De Santiago, se proponía enviarle una carta exigiendo el cese de Arias Navarro por su debilidad ante la oposición y su actitud crecientemente acomodaticia hacia los comunistas, lo cual le dejaba tan solo dos opciones: o bien sustituía al presidente de inmediato, antes de recibir la misiva, o cesaba a De Santiago y mantenía en su puesto durante algún tiempo al presidente, para que los sectores más recalcitrantes de las Fuerzas Armadas no pensaran que habían impuesto su criterio. Tras meditarlo bien, Don Juan Carlos optó por la primera respuesta<sup>2</sup>.

1. Jim Hoagland, «US said to warn Spain against reds», *The Washington Post*, 8/6/1976 y Miguel Acoca, «Spanish say Kissinger warns on Communists», *The Washington Post*, 19/6/1976.

2. Testimonio de Adolfo Suárez recogido por el autor en el Seminario sobre la Transición Política Española organizado por la Fundación José Ortega y Gasset en Toledo, 3/5/1984. Don Juan Carlos le comentó a Stabler que el detonante de la intervención del general había sido la inminente reforma del Código Penal, cuyo debate en las Cortes estaba entonces previsto para el 6 de julio. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Post mortems», 30/7/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=180793&dt=2082&dl=1345>.

de 1976 y que la posterior «declaración unilateral» del Senado de 21 de junio carecía de valor jurídico alguno a ojos de las instituciones españolas, desenlace que Oreja estimó plenamente satisfactorio<sup>21</sup>. Para la administración norteamericana esta cuestión distaba mucho de ser baladí, ya que planteaba dudas sobre los instrumentos de ratificación que debían intercambiarse ambos gobiernos: si se incluía el texto de la declaración aprobada por el Senado se corría el riesgo de ofender al Gobierno español, cuya libertad de movimiento se había visto disminuida por la intervención de las Cortes, pero su exclusión podía provocar la ira de los senadores. Al final se buscó una fórmula intermedia, que permitió que el intercambio de instrumentos de ratificación el 21 de septiembre de 1976 se produjera sin mayores incidentes<sup>22</sup>.

### Kissinger y Stabler ante el Gobierno Suárez y la oposición

En perspectiva norteamericana, una de las primeras cuestiones que tendría que resolver el nuevo Gobierno sería la postura que debía adoptar en relación con los comunistas, asunto que nunca dejó de preocupar a Kissinger. A principios de julio, al comentar las recientes elecciones italianas con el ministro de Defensa alemán, Leber, el secretario le manifestó que, fuesen o no realmente independientes de Moscú, la entrada de los comunistas italianos en el Gobierno de Roma podría tener consecuencias muy negativas en el resto de la Europa meridional, sobre todo en España<sup>23</sup>. Ese mismo día el *Wash-*

21. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Treaty of Friendship and Cooperation: Cortes debate», 26/7/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=179312&dt=2082&dl=1345>.

22. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «US instrument of ratification of new treaty», 27/7/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=178232&dt=2082&dl=1345>.

23. En las elecciones generales celebradas en Italia el 20 de junio de 1976, el Partido Comunista de Italia (PCI) había obtenido el 34% de los votos, a poca distancia del 38% conseguido por la democracia cristiana, la fuerza más votada. Memorandum of Conversation, «Office Call by FRG Defense Minister Georg Leber», 1/7/1976. Records of the Department of State. Office of the Counselor, 1955-1977. Box 9. POL 2 FRG. RG 59. NARA. Michael Getler, «Europe summit

*ington Post* se había hecho eco de la cumbre de partidos comunistas europeos que se estaba desarrollando en Berlín, que no se habían reunido desde 1969, en la que Carrillo cuestionó públicamente el liderazgo de los dirigentes soviéticos, pero Kissinger nada dijo al respecto. Que se sepa, tampoco reaccionó cuando, pocos días después, el dirigente español afirmó que Washington debía comprender que los partidos comunistas de la Europa occidental no deseaban modificar el equilibrio estratégico Este-Oeste; aunque era contrario a todas las bases militares, «tanto las americanas en países capitalistas como las rusas en países comunistas», el PCE no se opondría a la presencia estadounidense en España<sup>24</sup>.

A pesar de los esfuerzos de Stabler por explicar las prioridades de la administración Ford, la postura norteamericana hacia la situación política española suscitaba interpretaciones para todos los gustos, incluso entre personas supuestamente bien informadas. Durante una visita a Barcelona a finales de julio, el segundo de la embajada, Eaton, se entrevistó con el gobernador civil, Salvador Sánchez-Terán, que quiso conocer de primera mano la actitud norteamericana hacia los comunistas<sup>25</sup>. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones recibidas de Washington, Eaton le explicó que, si bien su Gobierno albergaba serias dudas sobre la sinceridad del PCE y el valor de su posible aportación futura a la democracia, la embajada entendía que la decisión sobre su eventual legalización era un asunto estrictamente interno, que debía resolver el Gobierno español. Aunque dijo aprobar esta postura, el gobernador observó que algunos actores políticos no la habían comprendido, como demostraba el hecho de que el vicepresidente del Gobierno anterior, De Santiago, hubiese invocado la supuesta oposición norteamericana a la legalización del PCE para exigirle a Fraga que se retractara de sus declaraciones a Sulzberger para el *New York Times*, en las que había dado a entender que los comu-

---

rebuffs soviet leadership role», *The Washington Post*, 1/7/1976. Flora Lewis, «Spanish red likens revolt against Soviet to Luther's», *The New York Times*, 7/7/1976.

24. Michael Getler, «Europe summit rebuffs soviet leadership role», *The Washington Post*, 1/7/1976.

25. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Comments on current political events by Barcelona civil governor Sánchez-Terán», 30/7/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=178243&dt=2082&dl=1345>.

nistas podrían incorporarse al juego político después de las primeras elecciones. Eaton le replicó que el general siempre sería contrario a la legalización del PCE, se opusiera a ella o no la administración norteamericana y que en todo caso la embajada había reiterado su postura oficial hasta la saciedad. Sánchez Terán también quiso saber si era cierto, como había afirmado recientemente el *Washington Post*, que de cara al futuro, la administración estaba apoyando la creación de un gran partido demócrata cristiano bajo el liderazgo de Osorio, percepción que Eaton negó con vehemencia; aunque parecía lógico suponer que España tendría eventualmente un partido demócrata cristiano fuerte, dada la evolución política italiana, al diplomático norteamericano le parecía más prudente que existiesen dos partidos centristas, uno de centro-izquierda y otro de centro-derecha, respuesta que al parecer agradó al gobernador<sup>26</sup>. Éste también le preguntó si Washington tenía intención de contrarrestar la influencia de CCOO mediante un apoyo activo a las otras centrales sindicales, a lo que Eaton respondió que la administración seguramente no querría involucrarse activamente y que el AFL-CIO tampoco se había interesado mucho por España hasta la fecha, aunque no descartaba que pudiese cambiar de actitud en el futuro. En aquellos momentos, el único instrumento con el que contaba la administración para influir –muy modestamente– en el panorama sindical español era el programa de visitantes internacionales (*International Visitors Program*, o IVP), que se utilizaba para invitar a sindicalistas ajenos a CCOO a conocer in situ el sistema de relaciones laborales estadounidense<sup>27</sup>.

De haber tenido acceso al contenido de los telegramas que la embajada norteamericana enviaba al Departamento de Estado sobre el PCE, el gobernador civil de Barcelona habría tenido menos dudas sobre la postura de la administración al respecto. Por ejemplo, el análisis remitido por Stabler sobre la primera reunión pública del comité central del partido desde el final de la guerra civil, celebrada

26. Miguel Acoca, «Christian Democrat uniting Spain party», *The Washington Post*, 22/7/1976.

27. Por ejemplo, en septiembre de 1976, la embajada envió a Estados Unidos a Miguel Cid Cebrián (UGT), que sería senador del PSOE en los años ochenta. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Project for labour leaders», 24/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=225702&dt=2082&dl=1345>.

en Roma a finales de julio, destilaba no poca hostilidad. Según el embajador, el PCE se había esforzado por subrayar sus «supuestas» credenciales democráticas con el propósito de facilitar su legalización, pero era improbable que hubiese convencido a nadie que no lo estuviese ya. A Stabler le pareció especialmente llamativo que fuese «la Pasionaria» quien más insistiese en la independencia del partido respecto de Moscú y lógicamente tomó buena nota de la afirmación de Carrillo, en el sentido de que «lo que ocurra en España será decidido por el pueblo español, no por el intervencionismo de Kissinger», así como de su condena a la presencia de las bases norteamericanas, afirmación que contradecía algunas declaraciones anteriores. En cambio, al embajador le consoló constatar que ningún representante destacado de la oposición no comunista hubiese querido vincularse públicamente al cónclave romano del PCE<sup>28</sup>.

Paradójicamente, no fueron las declaraciones de Carrillo sobre los intereses norteamericanos en España, sino la publicación de un artículo en el *Washington Post*, lo que finalmente obligó a la administración Ford a pronunciarse oficialmente sobre los comunistas españoles. El artículo en cuestión, aparecido el 30 de julio de 1976, afirmaba que durante la reciente visita del rey a Estados Unidos, Kissinger le había transmitido que, si bien la decisión de legalizar o no al PCE era una decisión española, a Washington no le molestaría que los comunistas fuesen excluidos del juego político hasta después de las primeras elecciones. Según Acoca, el corresponsal madrileño del *Washington Post*, el secretario había animado al monarca a resistir la presión ejercida por algunos gobiernos europeos para que acelerara el ritmo del proceso democratizador, hasta el punto de comentarle que, dado el estado lamentable de la OTAN y lo difíciles que resultarían las negociaciones para ingresar en la Comunidad Europea, no tenía sentido que se afanase por cumplir los requisitos que pudiesen intentar imponerle. El artículo también sostenía que Kissinger se había mostrado partidario de garantizar por todos los medios el triunfo de las fuerzas políticas más moderadas, e insinuaba que ello podría dar lugar a la financiación externa de algunas de ellas, utilizando a Alemania como intermediaria, tal y como había ocurrido en Portu-

28. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «PCE Central Committee meets in Rome», 3/8/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=212237&dt=2082&dl=1345>.

gal. A decir de uno de los españoles que le había acompañado a la Casa Blanca –presumiblemente, el ex ministro Areilza– el rey había contestado a Kissinger que, aunque agradecía sus consejos, cabía la posibilidad de que ya no ocupase la secretaría de Estado para cuando se celebrasen los primeros comicios en España<sup>29</sup>.

El artículo de Acoca provocó la inmediata respuesta del portavoz del Departamento de Estado, Robert Funseth, que negó que se le hubiese dicho al rey «que no era necesario que los españoles se apresurasen a romper con las instituciones franquistas (signifique eso lo que signifique)». También reiteró que la cuestión de la legalización del PCE era «un asunto interno que debe decidir el Gobierno español», no obstante lo cual «a nuestro juicio sería absurdo convertir la legalización de un partido dedicado a principios autoritarios en la prueba de fuego (*litmus test*) que determine si está teniendo lugar o no un proceso democratizador». Por último, Funseth aprovechó para desmentir la afirmación de Acoca según la cual la administración Ford estaba financiando a la Unión del Pueblo Español (UDPE), la asociación política encabezada por Suárez hasta su nombramiento como secretario general del Movimiento, aunque reconoció que nunca había ocultado su apoyo al fortalecimiento de las fuerzas moderadas en liza<sup>30</sup>.

El desmentido del Departamento de Estado no tuvo mucho eco en la prensa española, por lo que Stabler no dudó en mostrarle el texto a Suárez cuando se reunieron a solas el 6 de agosto de 1976<sup>31</sup>. Nada más iniciarse su primer encuentro con el nuevo presidente, que luego calificaría de «muy cordial», el embajador tuvo la sensación de encontrarse ante alguien que controlaba plenamente la situación. Suárez reconoció que se enfrentaba a numerosos y complejos problemas, pero quiso que supiera que estaba dispuesto a hacer todo lo que hi-

29. Miguel Acoca, «US offers to support Spain ban», *The Washington Post*, 30/7/1976.

30. Telegrama del Departamento de Estado a Madrid, «Washington Post July 30 Acoca story on Secretary's discussion with King», 30/7/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=159017&dt=2082&dl=1345>. La afirmación de Acoca sobre la UDPE parecía contradecir un artículo anterior suyo, según el cual Washington estaba apoyando a la democracia cristiana encabezada por Osorio.

31. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Conversation with the Prime Minister», 6/8/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=210194&dt=2082&dl=1345>.

ciese falta para lograr «una transición pacífica a una democracia representativa». El presidente sabía que su nombramiento no había sido especialmente bien recibido, ni dentro ni fuera del país, debido en parte a la reacción de algunos de quienes aspiraban a ocupar su puesto o a incorporarse al Gobierno. A pesar de ello, estaba seguro de poder transmitir la sensación de que España contaba con el liderazgo político del que había carecido durante la etapa anterior, motivo por el cual había ordenado a sus ministros que se abstuvieran de hacer declaraciones a los medios. En aquellos momentos, a Suárez parecía preocuparle especialmente la delicada situación económica, pero sabía que solo un Gobierno surgido de las urnas tendría la legitimidad necesaria para tomar las difíciles decisiones que serían necesarias para superar la crisis, tarea para la que esperaba poder contar con el apoyo de Estados Unidos. En lo referido a sus proyectos políticos, el presidente no contaba todavía con el texto de lo que luego sería la Ley para la Reforma, ni había decidido aún cuando se celebraría el referéndum; sí tenía claro, en cambio, que la reforma debía hacerse de acuerdo con las leyes fundamentales vigentes. Suárez también le explicó que no quería una reforma impuesta, motivo por el cual se había reunido ya con varios representantes de la oposición moderada, como los socialistas Luis Gómez Llorente y Raúl Morodo, con resultados que valoraba positivamente, aunque no había dejado de llamarle poderosamente la atención el contraste entre lo que decían en privado y lo que defendían en público. El presidente creía que sería posible llegar a un acuerdo con los dirigentes de la oposición, aunque tampoco se hacía muchas ilusiones sobre la verdadera representatividad de algunos de ellos. Stabler también concluyó que Suárez pretendía excluir del juego político a los comunistas y éste se abstuvo de comentarle que un emisario amigo —el periodista y empresario José Mario Armero— tenía previsto viajar a Cannes pocos días más tarde para sondear a Carrillo. Animado por el encuentro, unos días después el embajador reiteró públicamente la posición oficial del Departamento de Estado al afirmar que «la legalización o no del Partido Comunista español es una decisión que tienen que tomar el Gobierno y el pueblo español», añadiendo a continuación que se le antojaba contradictorio «que se diga que se tiene que hacer de la participación de los comunistas una prueba de validez de la democratización de un país».

Al cabo de poco tiempo, Stabler recibió en la embajada al secreta-

rio general del PSOE, que se había reunido en secreto con Suárez durante casi tres horas la noche anterior<sup>32</sup>. González estaba evidentemente satisfecho del encuentro, que calificó de «cordial y franco» y no albergaba dudas sobre la determinación del presidente de liderar un proceso que desembocase en unas elecciones libres. Suárez le había prometido unas Cortes bicamerales, en las que ambas cámaras serían elegidas por sufragio universal (a diferencia del proyecto impulsado por el Gobierno anterior), aunque también se mostró partidario de perpetuar el Consejo del Reino, pero con una composición totalmente distinta, que reflejase la de las nuevas cámaras, algo que el dirigente socialista estimó «anacrónico». En cambio, éste comprendía que el Gobierno no pudiera referirse a las futuras Cortes democráticas como «constituyentes», aunque no dudaba que ésa sería su verdadera naturaleza. González también se mostró partidario de nombrar a diez o doce representantes de la oposición que pudiesen negociar con el Gobierno, con exclusión de los grupos de extrema izquierda y de los «oportunistas» que no representaban a nadie —como García Trevijano— y que estaban dificultando la actuación de la «Platajunta». En su conversación con Suárez, el socialista no había ocultado la irritación que le producía el hecho de que el PSOE y otros grupos tuviesen que hablar en nombre del PCE en vista de que sus dirigentes no podían aparecer públicamente, problema que solo se resolvería con su legalización. A su entender, el Gobierno debía permitir el regreso a España de Carrillo y de «la Pasionaria» cuanto antes, sobre todo porque contribuiría a la «desmitificación» del comunismo, pero el presidente adujo que no podía garantizar su seguridad, ya que no se fiaba por completo de los cuerpos policiales. González no compartía la idea comunista de que la transición debía ser supervisada por un Gobierno provisional de «reconciliación nacional», con presencia del PCE, ni tampoco la propuesta de Tierno Galván de un Gobierno de «concentración nacional» (sin participación de los comunistas), y estaba dispuesto a aceptar a cualquier Ejecutivo —incluido el de Suárez— que se mostrase capaz de llevar al país a unas elecciones libres, ya que lo importante eran los fines, no los medios. Además, aunque no lo afirmase explícitamente, González parecía

32. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «PSOE's Felipe González on current situation», 11/8/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=214910&dt=2082&dl=1345>.

reconocer que un Gobierno formado por personas vinculadas al régimen anterior tendría más éxito a la hora de enfrentarse a los elementos más recalcitrantes –el «búnker» civil y militar– que seguramente intentarían entorpecer el proceso. En cambio, un Ejecutivo de este tipo suscitaría un mayor rechazo por parte de la izquierda, pero González dudaba mucho que se produjese el «otoño caliente» que algunos vaticinaban, quizás interesadamente, porque la mayoría de los trabajadores deseaban ante todo no perder sus puestos de trabajo como resultado de la crisis económica. Por último, al comentar la situación de su propio partido, el secretario general explicó a Stabler que el PSOE ya se comportaba como si fuese legal, lo cual paradójicamente se había traducido en un aumento de militantes socialistas detenidos, hecho que atribuyó con humor a que en los pueblos peor comunicados de España la Guardia Civil «todavía no había recibido el telegrama informando de la muerte de Franco». El embajador concluyó que el PSOE aceptaría participar en unas futuras elecciones convocadas por el Gobierno Suárez si se cumplían unas condiciones mínimas y a título general le tranquilizó la actitud globalmente «pragmática» y «realista» de su interlocutor.

Gracias a su acceso privilegiado a Osorio, el 1 de septiembre Stabler pudo conocer de primera mano, y con más de una semana de antelación, las líneas maestras del proyecto gubernamental<sup>33</sup>. Tras largas deliberaciones estivales, Suárez había decidido retirar los proyectos de su antecesor, que como vimos habían encallado en el Consejo Nacional del Movimiento y sustituirlos con un texto mucho más breve y sencillo (la futura Ley para la Reforma Política), que tras ser aprobado en referéndum, permitiría la elección de unas Cortes democráticas que, se llamasen o no así, tendrían carácter constituyente. Unos días después, y en un claro gesto de deferencia hacia los norteamericanos, Oreja pidió a uno de sus colaboradores, el diplomático Javier Rupérez, que informase a la embajada de la declaración gubernamental que Suárez tenía previsto efectuar tras la aprobación de la Ley para la Reforma Política en el Consejo de Ministros del 10 de septiembre. Aunque reconoció que no podía saberse con certeza, Rupérez se mostró convencido de que la ley sería razonable-

33. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Government's program for democratic reform», 1/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239049&dt=2082&dl=1345>.

mente bien recibida por la oposición, ya que se habían tenido en cuenta algunas de sus exigencias, como la eliminación de los «40 de Ayete» del Senado; el carácter «territorial» de la Cámara Alta; la elección del Congreso mediante un sistema electoral proporcional; y el reconocimiento implícito de que las primeras Cortes democráticamente elegidas serían constituyentes. En su opinión, si las Cortes franquistas rechazaban este texto, el rey las disolvería de inmediato, posibilidad que colgaría como una espada de Damocles sobre las cabezas de los procuradores a la hora de emitir su voto. Unos días después, Oreja confirmó personalmente a Stabler que Suárez ya tenía previsto este escenario si el proceso se torcía inesperadamente<sup>34</sup>.

La alocución televisada de Suárez el 10 de septiembre anunciando la Ley para la Reforma fue acogida con satisfacción por la embajada, si bien en esta ocasión Eaton observó que «estaba un poco nervioso al principio». El presidente adoptó la postura de un estadista imparcial que actuaba en nombre del rey y cuyo objetivo principal era garantizar la transición pacífica «de un sistema de delegación legítima de autoridad a otro de participación plena y responsable». Suárez reconoció que podía haber sucumbido a la tentación de redactar su propia Constitución, pero había preferido invitar a la nación a expresar sus opiniones a través de las futuras Cortes democráticas. También podía haber llegado a un acuerdo con la oposición, pero eso habría sido poco democrático, ya que el derecho a hablar en nombre de otros solo podía adquirirse en las urnas. En suma, la democracia debía ser «obra de todos los ciudadanos y nunca obsequio, concesión o imposición, cualquiera que sea el origen de ésta». El presidente subrayó asimismo que la reforma prevista «arranca de la legalidad fundamental vigente, llevándose a cabo a través de los procedimientos previstos», insistiendo a continuación que «no puede existir ni existirá un vacío constitucional, ni mucho menos un vacío de legalidad». Como no podía ser menos, a Stabler le agradó especialmente que, en un esfuerzo por infundir confianza y tranquilidad, Suárez cerrase su

34. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Suárez's reform program», 10/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=249534&dt=2082&dl=1345>. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Foreign Minister's comments on domestic internal situation», 22/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239098&dt=2082&dl=1345>.

intervención con una expresión tomada del discurso inaugural de Roosevelt en 1933, al afirmar que «no hay que tener miedo a nada; el único miedo racional que nos debe asaltar es el miedo al miedo mismo»<sup>35</sup>.

Por motivos evidentes, a partir del verano de 1976 Ford y Kissinger centraron cada vez más su atención en las inminentes elecciones presidenciales del 2 de noviembre de 1976, en las que finalmente se impondría el demócrata Jimmy Carter. Sin embargo, ello no significa que se desentendieran de la situación española. A mediados de septiembre, al repasar la situación internacional con Kissinger y Scowcroft, el presidente Ford comentó satisfecho que «lo de España tiene buen aspecto», opinión que también compartían sus interlocutores<sup>36</sup>. En aquellos momentos, además de la posible participación de los comunistas, el asunto que más interesaba a la administración norteamericana era la evolución del PSOE. Por ello, cuando en septiembre Oreja comentó con Stabler la intención del Gobierno de prohibir el congreso de los socialistas si no solicitaban antes su legalización, éste le informó que sus interlocutores socialistas le aseguraban que la ejecutiva del partido no podía adoptar ninguna decisión al respecto sin someterla antes al congreso, por lo que sin duda sería contraproducente prohibirlo, máxime cuando el Gobierno anterior había permitido a UGT celebrar el suyo en abril. Además, los principales partidos socialistas europeos tenían previsto asistir y Stabler temía que su cancelación provocase un gran escándalo internacional, que dañaría irremisiblemente la imagen del Gobierno<sup>37</sup>. A los pocos días, en una nueva reunión del «Grupo Cuatripartito de la OTAN», Kissinger se mostró partidario de ayudar al Gobierno español a incorporar a los socialistas al proceso democratizador, a lo que Genscher respondió que confiaba que la presencia de Brandt en el

35. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Suárez's reform program», 11/9/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=246854&dt=2082&dl=1345>. Entrevista del autor con Wells Stabler, Washington DC, 18/3/2009.

36. «Memorandum of Conversation, Ford, Kissinger & Scowcroft», 11/9/1976, en:

<http://www.fordlibrarymuseum.gov/library/document/memcons/1553537.pdf>.

37. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Foreign Minister's comments on domestic internal situation», 22/9/1976, en:

<http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239098&dt=2082&dl=1345>.

primer congreso del PSOE, entonces previsto para principios de noviembre, contribuyese a ello<sup>38</sup>. Unas semanas después, el secretario de Estado aprovechó una visita a La Haya para preguntarle al primer ministro holandés, el socialista Den Uyl, si compartía la buena opinión de Brandt sobre el secretario general del PSOE, a lo que su anfitrión respondió afirmativamente, porque «hablando con él se diría que es un hombre esencialmente moderado». Con la malicia que en ocasiones le caracterizaba, y en evidente alusión al espía Günther Guillaume, que le había arruinado su carrera política, el secretario replicó divertido que el hecho de que Brandt tuviese buena opinión de González no garantizaba nada, dada su evidente incapacidad para juzgar siquiera a sus propios colaboradores<sup>39</sup>.

Como reconocería Enrique Múgica ante sus interlocutores en la embajada norteamericana a principios de octubre, el proyecto de reforma del Gobierno Suárez le había permitido capturar la iniciativa política, dejando a la oposición en una situación delicada<sup>40</sup>. Además, la Platajunta atravesaba una grave crisis, como resultado de la decisión del PSOE de retirarse de sus deliberaciones hasta que se expulsara a García Trevijano, que había adquirido un inusitado protagonismo como representante oficioso de los grupos de extrema izquierda. El dirigente socialista también reconoció la habilidad de su principal interlocutor con el Gobierno, José Manuel Otero Novas, con quien se había reunido la noche anterior y que había hecho todo lo posible por convencerle de la necesidad de solicitar su legalización antes de celebrar su congreso, lo cual ayudaría al Ejecutivo a convencer a las Cortes franquistas de que la vía reformista ya estaba dando sus primeros frutos. El PSOE no estaba dispuesto a pasar por el aro de la legalización si no se modificaba antes la legislación pertinente, pero Múgica vino a reconocer que, aunque siguiese exigiendo públicamente una «ruptura» con el pasado franquista, no por ello deja-

38. Memorandum of Conversation, «Meeting of the Quadripartite Group», 28/9/1976. RDS, Office of the Counselor, 1955-1977, Box 6. RG 59. NARA.

39. «Memorandum of Conversation Meeting with Dutch Prime Minister Johannes den Uyl and Max van der Stoel», 11/10/1976. DSR, Records of Henry Kissinger, 1973-1977, Box 17. RG 59. NARA.

40. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «PSOE's Múgica assesses current scene», 4/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=280716&dt=2082&dl=1345>.

ría de prepararse para participar en las primeras elecciones democráticas<sup>41</sup>.

Aunque de forma mucho menos explícita y sistemática que algunos actores políticos europeos, en el otoño de 1976 la administración Ford dio ciertas muestras de apoyo a los dirigentes del PSOE. Así lo sugiere, por ejemplo, el hecho de que Yáñez se convirtiese en el primer miembro de la comisión ejecutiva de su partido en beneficiarse del programa norteamericano de visitantes extranjeros, lo cual le permitió visitar Washington y comparecer ante el *Council on Foreign Relations* de Nueva York a finales de septiembre<sup>42</sup>. También resulta reveladora la preocupación de la embajada ante la decisión del Gobierno de no permitir la celebración del congreso del PSOE por temor a provocar a los procuradores que tendrían que aprobar la Ley para la Reforma a mediados de noviembre. Para tranquilidad de Stabler, Osorio se apresuró a explicarle que, a cambio de aceptar la decisión gubernamental, los socialistas serían autorizados a reunirse en diciembre sin exigirles que se legalizasen previamente<sup>43</sup>.

Esta actitud crecientemente benévola de la embajada hacia el PSOE contrasta vivamente con su actitud hacia los comunistas y sus aliados políticos más allegados. Dicha animadversión se puso de manifiesto en los telegramas intercambiados con ocasión de un viaje de Camacho a Moscú a principios de septiembre, en el transcurso del cual el dirigente sindical efectuó unas llamativas declaraciones alabando a la Unión Soviética como «bastión de la paz y el progreso». Sin embargo, para Eaton no pasó desapercibido el hecho de que di-

41. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «PSOE's Múgica assesses current scene», 4/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=280716&dt=2082&dl=1345>.

42. Yáñez, que se entrevistó con Bruce Laingen en el Departamento de Estado, viajó a Estados Unidos en compañía de Carlos Zayas. Telegrama del Departamento de Estado a Madrid, «Daily Activity Reports, Monday 20 September 1976», 21/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=237073&dt=2082&dl=1345>.

43. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Government-PSOE compromise on PSOE Congress», 19/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=280440&dt=2082&dl=1345> y Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Govt. Rejects PSOE Congress as planned; PSOE accepts postponement», 20/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=273035&dt=2082&dl=1345>.

chas declaraciones –que fueron duramente criticadas por algunos medios españoles– parecían dar la razón a quienes sostenían que la legalización del PCE podía ser la mejor manera de contribuir a su desmitificación<sup>44</sup>. También resulta llamativa la indignación de Stabler por el hecho de que tanto el *Council on Foreign Relations* como la *Smithsonian Institution* invitaran a sus sedes a Vidal Beneyto, Calvo Serer y Tamames, atribuible quizás a que la pertenencia de este último al comité central del PCE se había anunciado públicamente en Roma unas semanas antes. El Departamento de Estado incluso estudió la posibilidad de rescindir el visado del conocido economista, que databa de 1971, pero al final prefirió hacer la vista gorda, ya que su expulsión de Estados Unidos no habría hecho sino darle la publicidad que anhelaba. Tamames aprovechó su estancia en Washington, durante la cual pudo reunirse con congresistas de ambos partidos, para afirmar que el Gobierno Suárez «solo puede llevar al país al caos social y al desastre económico»<sup>45</sup>.

A pesar de esta hostilidad manifiesta, Kissinger también era capaz de mostrarse comprensivo hacia los comunistas, al menos en presencia de sus pares europeos. En la reunión del «Grupo Cuatripartito de la OTAN» antes citada, al suscitarse esta cuestión Genscher comentó que, si bien Oreja era partidario de la legalización del PCE, por entender que era más peligroso si permanecía en la clandestinidad, su Gobierno temía la reacción de los sectores más conservadores del régimen, aunque no descartaba que al final pudiese participar en las primeras elecciones. El secretario de Estado, por su parte, afirmó que era un asunto que solo competía a los españoles y negó que Washington estuviese presionando a Suárez para que no legalizara a los comunistas, aunque reconoció que tampoco le estaba animando en sentido contrario. Kissinger aprovechó una pausa en la conversación para preguntarle a su segundo, Sonnenfeldt, si tenían bien «amarrado» a Sta-

44. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Media reaction to Camacho's Moscow remarks», 8/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=249557&dt=2082&dl=1345>.

45. Telegrama del Departamento de Estado a Madrid, «Ramón Tamames», 28/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239130&dt=2082&dl=1345>. Juan González Yuste, «Washington: miembros de la oposición exponen su programa», *El País*, 1/10/1976.

bler, recibiendo una respuesta afirmativa, lo cual parece sugerir que el embajador era más proclive a la legalización que sus superiores. A su modo de ver, «la cuestión práctica es si son más peligrosos dentro que fuera» y en todo caso no comprendía por qué existía la obligación moral de «permitirles participar en un proceso que pretenden destruir». Sin embargo, cuando el representante británico objetó que «algunos en España que son de izquierdas pero no comunistas ven su legalización como la piedra de toque del proceso democratizador», Kissinger no dudó en afirmar que, «si es así, deberían hacerlo», aunque añadiese a continuación que «para mí es una decisión táctica que no puedo juzgar» y que en todo caso «no es una decisión americana». A Sonnenfeldt, en cambio, esta reflexión le produjo cierta inquietud, ya que si Washington daba a entender que no se oponía a la legalización de los comunistas españoles, sus correligionarios del PCI podrían pensar que se había levantado el veto norteamericano a su participación en el Gobierno italiano<sup>46</sup>. A principios de octubre, cuando Oreja le explicó los planes del Gobierno en Nueva York, Kissinger le dijo que «esperaba que no reconociéramos al Partido Comunista, del que no se puede uno fiar», y como tantas veces había hecho con Areilza, le aconsejó que no se precipitaran a la hora de hacer cambios<sup>47</sup>.

Durante estos meses, la embajada también manifestó una preocupación creciente ante la inexistencia de una amplia formación centrada en la que pudiese apoyarse el Gobierno de cara a las primeras elecciones<sup>48</sup>. La UDE, asociación política a la que pertenecían muchos de los ministros recién nombrados, había entrado en crisis al quedarse fuera del Ejecutivo su jefe de filas, Silva Muñoz, que nunca perdonaría a Osorio su marginación. A pesar de que había rechazado la cartera de Educación que le ofreció Osorio, la relación del Gobier-

46. Memorandum of Conversation, «Meeting of the Quadripartite Group», 28/9/1976. RDS, Office of the Counselor, 1955-1977, Box 6. RG 59. NARA.

47. Marcelino Oreja Aguirre, *Memoria y esperanza. Relato de una vida*. Madrid, La Esfera de los Libros, 2011, pp. 94-95.

48. Una de las pocas cosas que podía hacer era invitar a los dirigentes de estos grupos a visitar Estados Unidos para reunirse con personalidades destacadas de la vida norteamericana. Durante la segunda mitad de 1976 se beneficiaron del IVP de la embajada los demócrata cristianos Álvarez de Miranda, Antonio Vázquez, Carlos de Eizaguirre y Juan Antonio Ortega y Díaz-Ambroña. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Fiscal Year '77 IVP», 7/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=219644&dt=2082&dl=1345>.

no era algo más fluida con Álvarez Miranda, que había roto con Ruiz Giménez tras su decisión de unirse a la Platajunta. Al mismo tiempo, los grupos democristianos pertenecientes a la oposición democrática, encabezados por éste y por la familia Gil Robles, se negaban a colaborar con la UDE debido a los vínculos de muchos de sus dirigentes con el régimen de Franco, lo cual dificultaba también su aproximación al Gobierno<sup>49</sup>. Tampoco se mostraba muy acomodaticio el recién creado Partido Popular (PP), uno de cuyos principales promotores, Cabanillas, parecía haber optado por boicotear al Gobierno tras ser excluido del mismo. Por su parte, lejos de contribuir a la unidad de estos grupos centristas, Areilza se había embarcado en una campaña personal que tenía como propósito convencer a los dirigentes de la oposición –incluido Carrillo, con quien se entrevistó en París en agosto– que solo él podría encabezar el Gobierno que necesariamente tendría que hacerse con las riendas del país tras el inevitable descalabro de Suárez, que a su entender era solo cuestión de tiempo. A Stabler le confesó incluso que, dada su edad, solo le quedaban cuatro o cinco años de vida política, por lo que prefería ser útil al Estado liderando un Gobierno, que no embarcándose en la ardua tarea de fundar un partido político<sup>50</sup>. Ya entonces, algunos miembros del Gobierno, como Osorio y Oreja, tenían claro que Suárez debía ocupar el espacio centrista que Fraga había dejado libre al intentar aglutinar a los supuestos representantes del «franquismo sociológico» y del que Ruiz Giménez y Gil Robles también se habían alejado debido a su relación con la izquierda antifranquista. Sin embargo, para el ministro de Asuntos Exteriores, el hecho de estar en el Gobierno complicaba notablemente esta tarea, ya que tenían otras prioridades más perentorias. Stabler, en cambio, intentó hacerle ver que sería un error posponerla hasta la convocatoria de elecciones, ya que corrían el riesgo de conceder a sus rivales una ventaja difícil de recuperar<sup>51</sup>.

49. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Opposition Christian Democrats express concerns», 2/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=245481&dt=2082&dl=1345>.

50. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Former Foreign Minister Areilza's political activities», 1/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=245194&dt=2082&dl=1345>.

51. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Foreign Minister's comments on domestic internal situation», 22/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239098&dt=2082&dl=1345>.

A pesar de su evidente deseo de que las fuerzas políticas no izquierdistas se fuesen organizando para participar eficazmente en las primeras elecciones democráticas, Stabler reaccionó con cierta aprensión a la creación de Alianza Popular (AP). En una larga conversación mantenida a finales de octubre, Fraga hizo lo posible por convencerle de que su partido no suponía una amenaza para el proyecto reformista del Gobierno y que, si acaso, las objeciones que podrían plantear al mismo en el Consejo Nacional del Movimiento y en las Cortes personalidades como Fernández de la Mora serían mucho más moderadas precisamente por el hecho de haberse sumado a su proyecto. Aunque dijo ser consciente del peligro de que su partido se escorara excesivamente hacia la derecha, el ex ministro, que confiaba obtener el 40% de los votos en las primeras elecciones, también argumentó que la existencia de una fuerza política como la suya serviría para tranquilizar a los sectores militares que se mostraban aprensivos hacia el cambio. A juzgar por esta conversación, Fraga temía que la embajada norteamericana apoyase a los grupos centristas próximos al Ejecutivo —que acabarían por constituir la Unión de Centro Democrático (UCD) unos meses después— por lo que agradeció que Stabler le reiterara que Washington apoyaba «un proceso pacífico de desarrollo político que conduzca a una monarquía constitucional democrática», sin favorecer a ninguna opción concreta. A pesar de ello, el embajador informaría al Departamento de Estado que en su opinión Alianza Popular era «un arma de doble filo»: aunque podía contribuir eficazmente a una muy necesaria racionalización del mapa político español, aglutinando a todos los conservadores que estuviesen dispuestos a aceptar las reglas del juego democrático, también cabía la posibilidad de que Fraga, cegado por el despecho y su mala relación con el rey, sucumbiese a la tentación de entorpecer la aprobación de la Ley para la Reforma Política<sup>52</sup>.

Stabler también dedicó cierta atención a la evolución de las principales centrales sindicales, que se mostraron crecientemente activas durante estos meses. En este ámbito, su objetivo principal no fue otro que el fortalecimiento de las organizaciones no comunistas, para lo cual buscó la complicidad del AFL-CIO, con la esperanza de que se

52. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «A conversation with Manuel Fraga», 21/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=270159&dt=2082&dl=1345>.

relacionase más activamente con UGT, Unión Sindical Obrera (USO) y Solidaridad de los Trabajadores Vascos (ELA-STV). En agosto de 1976 visitaron España dos respetados sindicalistas norteamericanos de larga trayectoria internacional, Victor G. Reuther y Ben Stephansky, que tras reunirse con varios dirigentes de UGT y USO en Madrid y Barcelona, entre ellos Nicolás Redondo, informaron a Stabler de la relativa precariedad económica y organizativa de ambas organizaciones, atribuible en buena medida a su rapidísimo crecimiento reciente. Aunque reconociese que UGT recibía alguna financiación de los sindicatos europeos del norte de Europa, Redondo, que les impresionó muy favorablemente, hizo hincapié en el apoyo muy superior que recibía CCOO de los sindicatos de Francia, Italia y Europa del Este a través de la Federación Sindical Mundial (FSM) y lamentó que los sindicatos norteamericanos no se hubiesen implicado más activamente en España<sup>53</sup>. A principios de octubre, fue Múgica quien aprovechó una reunión con diplomáticos estadounidenses para solicitar a la embajada más ayuda para la UGT por parte de los sindicatos norteamericanos y muy especialmente de los *United Auto Workers* (UAW), cuyo presidente, Leonard Woodcock (que pronto se convertiría en el primer embajador estadounidense en China) había visitado recientemente España<sup>54</sup>. Poco después, el vicepresidente del AFL-CIO, Albert Shanker, que era también presidente del *American Federation of Teachers* (AFT), aprovechó su presencia en Madrid con ocasión de una reunión internacional para entrevistarse con Redondo y varios dirigentes de la Federación de Trabajadores de la Enseñanza (FETE) y para explorar posibles vías de ayuda a sus homólogos españoles (curiosamente, en la base aérea de Torrejón, que contaba con su propia escuela, existía una pequeña pero muy activa oficina del AFT que estaba en estrecho contacto con la FETE)<sup>55</sup>. A pesar de estos y otros esfuerzos, en noviembre el secretario general de

53. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Victor Reuther and former ambassador Stephansky meet with Spanish labour leaders», 23/7/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=215144&dt=2082&dl=1345>.

54. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «PSOE's Múgica assesses current scene», 4/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=280716&dt=2082&dl=1345>.

55. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «IFFTU executive committee meets in Madrid», 9/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=273000&dt=2082&dl=1345>.

UGT afirmó ante Stabler –y en presencia del dirigente sindical norteamericano Ben Sharman– que estaba desencantado con el AFL-CIO, por el escaso interés que había mostrado por los sindicatos españoles<sup>56</sup>. A pesar de ello, poco después visitó Madrid el responsable internacional del AFL-CIO, Mike Boggs, a quien el ugetista Manuel Simón explicó que su sindicato recibía anualmente 6 millones de pesetas de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) y que habían calculado que precisarían unos 120 millones para sostener su organización en 1977, aunque dudaba que sus afiliados pudiesen aportar más de una tercera parte de esa cifra. En aquellos momentos, UGT contaba con tan solo 23 liberados en toda España, frente a los 1.250 que Simón atribuía a CCOO. Stabler hubiese deseado hacer más al respecto, pero no tardó mucho en resignarse a que fuese la Federación Alemana de Sindicatos (DGB) y no el AFL-CIO, quien acudiese en ayuda del sindicato español<sup>57</sup>.

Sorprendentemente, en sus esfuerzos por limitar la influencia de CCOO y favorecer a sus posibles rivales, la embajada norteamericana incluso llegó a cultivar a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT). No obstante su ideario anarcosindicalista, para Stabler la CNT era ante todo rabiosamente anticomunista, como había demostrado su negativa a unirse a CCOO en la creación de la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (COS) en septiembre de 1976, y además había dado la espalda al uso de la violencia. De ahí que el embajador solicitara formalmente que se retirase a la CNT de la lista de organizaciones subversivas del Departamento de Estado, como paso previo a la inclusión de algún representante suyo en el programa de visitantes extranjeros de la embajada<sup>58</sup>.

56. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Comments of UGT seggen Redondo to US trade unionist», 16/11/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=306902&dt=2082&dl=1345>.

57. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Foreign assistance to Spanish trade unions», 8/11/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=308629&dt=2082&dl=1345>. Telegrama de Madrid a la embajada de EE.UU. ante la Comunidad Europea, «Items on ICFTU's agenda: Spain», 4/11/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=305760&dt=2082&dl=1345>.

58. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Project for labor leaders», 20/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239085&dt=2082&dl=1345> y

Aunque la documentación disponible al respecto es relativamente escasa, la embajada norteamericana en Madrid –y su consulado en Bilbao– también parecen haber desarrollado una relación especialmente estrecha con ELA-STV, que celebró su tercer congreso en Eibar en octubre de 1976 (el segundo había tenido lugar en Vitoria en 1933). A dicho congreso asistieron en representación de la AFL-CIO el ya mencionado Boggs y Glenn Watts, cuya presencia fue sorprendentemente bien recibida por los asistentes. De dicha documentación se desprende que los norteamericanos valoraban especialmente su acendrado anticomunismo, sin importarles en exceso su ideario inequívocamente nacionalista<sup>59</sup>.

Además de entrevistarse con los representantes de las principales fuerzas sindicales y políticas españolas (salvo el PCE), el embajador también siguió de cerca la evolución de la Iglesia a través de José María Martín Patino, el hombre de confianza del cardenal Tarancón. A principios de octubre, el vicario general de la diócesis de Madrid le informó que, tras reunirse con Suárez durante varias horas, los cinco cardenales españoles, incluido el arzobispo de Barcelona, Narcís Jubany, que solía mostrarse más escéptico, habían quedado convencidos de la viabilidad del proyecto gubernamental. El prelado no compartía por completo este optimismo y le preocupaba sobre todo la capacidad de los extremistas de uno y otro signo para desestabilizar la situación, por lo que no descartaba la posibilidad de graves enfrentamientos futuros, que incluso podrían llegar a provocar una intervención militar. Sin ir más lejos, el día antes de su conversación con el embajador, el gobernador civil de Madrid le había asegurado que, aunque la policía conocía la identidad del grupo de extrema derecha que había asesinado a un estudiante en una manifestación celebrada en la capital, no estaba seguro de que ésta haría todo lo posible por detener a los culpables. Por su parte, Stabler reiteró el apoyo de Estados Unidos al rey y a «un proceso de evolución estable que condujera a un sistema democrático compatible con los del resto de Europa occidental» y se mostró partidario de que los grupos centristas de

---

«Removal of CNT trade union from Appendix A, Vol. 9 - Visas», 29/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=249618&dt=2082&dl=1345>.

59. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Basque STV holds successful congress», 4/11/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=308728&dt=2082&dl=1345>.

orientación demócrata cristiana lograran agruparse de cara a las elecciones, deseo que Martín Patino dijo compartir<sup>60</sup>.

Por motivos obvios, Stabler estuvo igualmente atento a la evolución política de las Fuerzas Armadas. A finales de septiembre, el teniente general De Santiago, a quien apenas había tratado, fue cesado como vicepresidente primero del Gobierno tras enfrentarse con Suárez con ocasión de la apertura de contactos con los dirigentes de los sindicatos ilegales y sustituido por el teniente general Gutiérrez Mellado. Curiosamente, al comentar este nombramiento con Stabler, el vicepresidente segundo, Osorio, lo describió como «un regalo» a Estados Unidos, en referencia a la estrecha relación existente entre Gutiérrez Mellado y sus homólogos norteamericanos, fraguada a lo largo de muchos años de negociaciones bilaterales. Osorio también sostuvo que su marcha no era atribuible a un único episodio, sino que era la culminación del deseo de Suárez de poder contar con el concurso de un militar de las características del recién nombrado en el Gobierno. Esta opinión también era compartida por el capitán general de Madrid, teniente general José Vega Rodríguez, que le confesó a Stabler que nunca había comprendido que De Santiago hubiese querido permanecer en el Ejecutivo tras la marcha de Arias Navarro. Por su parte, el jefe del Alto Estado Mayor del Ejército, teniente general Carlos Fernández Vallespín, informó al embajador que en la reunión celebrada el 8 de septiembre, en la que Suárez había explicado la inminente reforma política a una treintena de altos mandos militares, De Santiago no había manifestado ninguna oposición al respecto, a pesar de sentirse «muy incómodo» con la evolución prevista. Para Fernández Vallespín, que se atribuyó el mérito de haber nombrado a Gutiérrez Mellado jefe de la delegación militar española en las negociaciones con Estados Unidos, éste era ante todo un profesional de la milicia preocupado por garantizar la unidad y disciplina de las Fuerzas Armadas y contrario a que se involucrasen en actividades políticas, por lo que le resultaba desconcertante el interés de la prensa por atribuirle una supuesta ideología «liberal». A título más general, Fernández Vallespín era de la opinión de que, aunque había oficiales de alta graduación que no compartían los ob-

60. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «View of influential Churchman on current political scene», 2/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=280700&dt=2082&dl=1345>.

jetivos del Gobierno, la unidad de las Fuerzas Armadas no corría peligro<sup>61</sup>.

Stabler pudo constatar lo acertado de los comentarios del jefe del Alto Estado Mayor en su primera entrevista con Gutiérrez Mellado tras su incorporación al Gobierno, celebrada el 29 de septiembre. Éste le explicó que, aunque no había tratado mucho a Suárez antes de su nombramiento, el presidente del Gobierno le había impresionado muy favorablemente y confiaba en su capacidad para llevar a buen puerto las reformas anunciadas. También le confesó que, aunque se encontraba menos cómodo en su nuevo papel político que como jefe del Estado Mayor Central del Ejército, entendía que era su obligación colaborar con el rey y con Suárez en el proyecto que estaban impulsando. El vicepresidente aprovechó para desmentir los rumores que habían circulado sobre la posible dimisión de uno o varios ministros militares en protesta contra su nombramiento y dijo tener una relación excelente con todos ellos. Aunque Gutiérrez Mellado reconoció que había algunos militares «de extrema derecha» a quienes sí había disgustado su nombramiento, en su opinión constituían tan solo una «minoría». Al vicepresidente le incomodaba la etiqueta de «liberal» que algunos se empeñaban en endosarle, sobre todo porque los elementos más conservadores podían utilizarla como arma arrojada. Curiosamente, en esos momentos parecía preocuparle sobre todo la mala situación económica, más que los retos políticos a los que también debía enfrentarse su Gobierno. En lo referido a las relaciones bilaterales, a Stabler sin duda le agradó que su interlocutor se manifestara como un gran amigo de Estados Unidos, aunque posiblemente le inquietara la importancia que Gutiérrez Mellado atribuía a la ayuda moral y material que Washington podía prestar al Gobierno en sus esfuerzos por avanzar hacia la democracia. De ahí que, haciendo gala de su precisión habitual, el embajador subrayara que la administración había sido muy cuidadosa, evitando presionar al Gobierno ni interferir en modo alguno y que «bajo nuestro sistema

61. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Appointment of Lt. Gen. Gutierrez Mellado as first vice president of Government», 24/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239108&dt=2082&dl=1345> y Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Military attitudes toward appointment of General Gutierrez Mellado», 27/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239114&dt=2082&dl=1345>.

y nuestras leyes existen unos límites muy claros a lo que podemos hacer», a pesar de lo cual no debía albergar ninguna duda sobre el apoyo estadounidense a la reforma gubernamental<sup>62</sup>.

Plenamente consciente del interés con el que se seguía la evolución española desde Washington, a finales de octubre Don Juan Carlos le hizo llegar a Kissinger su propia valoración de la situación<sup>63</sup>. En su respuesta –transmitida por mediación de Stabler– el secretario de Estado agradecía la confianza que le demostraba el rey al proporcionarle un «balance tan franco y coherente» de la evolución política española, que seguía «con simpatía y conocimiento de la habilidad y fortaleza que ha demostrado», a la vez que le felicitaba por «el éxito con el que ha dirigido a su pueblo en circunstancias harto difíciles». Kissinger también decía compartir su opinión de que era imprescindible «fortalecer cuidadosamente a todas las fuerzas democráticas a fin de mantener bajo control a los extremistas de izquierda y derecha», reto que le obligaría a seguir haciendo gala de «la firmeza, prudencia y dotes de liderazgo» que había demostrado hasta entonces. El secretario de Estado, que posiblemente intuyese el resultado adverso de las inminentes elecciones presidenciales norteamericanas, también aprovechó para recordarle que «no debe dudar nunca en decirme si hay algo específico que quiere que digamos o hagamos» y que tanto el presidente como él mismo hacían votos por sus éxitos futuros. Don Juan Carlos agradeció vivamente esta respuesta y además de pedirle a Stabler que le manifestara a Kissinger su gratitud y afecto, quiso que éste trasladase sus mejores deseos a Ford, a quien tenía muy presente en aquellos momentos<sup>64</sup>.

62. Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «First Vice President of Government comments on internal developments», 29/9/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=239129&dt=2082&dl=1345>.

63. Lamentablemente, no hemos podido localizar la documentación que pueda existir al respecto.

64. Telegrama del Departamento de Estado a Madrid, «Message for King Juan Carlos», 26/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=269979&dt=2082&dl=1345> y Telegrama de Madrid al Departamento de Estado, «Message from the Secretary for King Juan Carlos», 27/10/1976, en: <http://aad.archives.gov/aad/createpdf?rid=271537&dt=2082&dl=1345>.